

Precio de suscripción

→*←

En Lorca, mes . . . 0,40 pesetas.

Fuera » . . . 0,50 »

EL OBRERO

Redacción y Administración

Corredera, 54.

→*←

No se devuelven los originales.

ÓRGANO DEL CENTRO OBRERO

UNO PARA TODOS

SE PUBLICA LOS JUEVES

TODOS PARA UNO

POR UNA VEZ

«Mal haya, amén, quien inventó el escribir!»

FIGARO.

Dos días antes de que *El Demócrata* saliera con su insidioso comentario á nuestro artículo del número anterior, *Robo en cuadrilla*, sabíamos, por la noticia de ciertas visitas y cabildeos, que el papel matutino había de realizar alguna de sus proezas habituales.

El desenfado y la temeridad son enfermedades crónicas del espíritu. Contestar con razonamientos á los desplantes; pretender que se venza, mediante la lógica, un excéptico que hace alardes de descreimiento, es tan inútil como poner luz en un cerebro negado á la razón.

Nuestro nivel periodístico es muy otro que el de *El Demócrata*. Tenemos que vencer nuestra voluntad para contestarle, y lo hacemos en esta ocasión, no por él, sino por el público, á quien todo lo debemos, y por la verdad, de cuya devoción ni un instante nos separamos.

Muy lucida y hermosa es la campaña que ese papel viene haciendo en estos días. El público la conoce y sabe sus móviles, porque afortunadamente aquí nadie ignora quién es cada uno.

Recordemos los hechos, que ellos son harto significativos y elocuentes. Un día la guardia municipal detuvo á Basilio Mateo Expósito, cuyos antecedentes penales no hay para qué mentar, porque tenía noticias de que bravuconeaba por esas calles y amenazaba á un ciudadano pacífico y honrado, y porque al registrarle se le encontró un descomunal cuchillo. Pues el director de *El Demócrata*, sabedor de la detención, acudió sin demora con todos los medios humanos á interceder porque fuese puesto en libertad el detenido, propósito que logró algunas horas después. Al siguiente día *El Demócrata* invocaba los sacratísimos derechos individuales y decía que era un dolor ver á las personas decentes atropelladas por una autoridad abusiva y arbitraria.

Ocurrió luego el delito perpetrado en el *Partidor de los Morales*, el robo de la carreta de trigo, el asalto á tiros de propiedad ajena, en cuadrilla, en despoblado y con desacato grave á la fuerza pública, delito del que fué protagonista Basilio Mateo Expósito. El Juez de instrucción interino D. Cristóbal Paredes Navarro, ordena inmediatamente la captura de los delinquentes, y dicta poco después auto de procesamiento y prisión contra el Basilio y sus dos acompañantes. Y *El Demócrata*, haciendo alusión, sin duda, á esos hechos, escribió un suelto en el que decía que las disposiciones del Juez Sr. Paredes «habían sido muy bien recibidas por el espíritu público».

Y para que nada faltase á su cambio de opiniones, para contradecir mejor aquel articlejo en el que abogaba por la inmunidad del matonismo, presidario y sospechoso, estampa más tarde en sus columnas un escrito, hablando de otros sucesos locales, y dice textualmente: «La matonería es una plaga tremenda, de la que por desgracia en Lorca nos vemos padecidos».

«Hay aquí un número demasiado crecido de individuos que entre la taberna, la juerga, la bronca y la cárcel pasan la vida, produciendo siempre la constante alarma del vecindario».

«La ley, al tratarse de estos individuos, nos parece á nosotros muy deficiente».

«Bien que se respete al ciudadano laborioso y honrado, pero no que se respete por igual al que, conocido su género y modo de vivir, es seguro que acabará por eviar á la pila á algún prójimo».

«A estos tales debiera atárseles corto, tan corto que no les fuera fácil eso de estar esgrimiendo la faca ó disparando la pistola».

Esto lo dice el mismo que invocaba las garantías individuales el día en que se desarmó y se detuvo á Basilio Mateo Expósito; esto lo dice el mismo que gestionó la inmediata libertad de semejante individuo; y esto lo dice en el propio

número del periódico en que nos asaetea con especiotas malévolas, porque habíamos calificado de *malhechores, de salteadores y de criminales* á los tres personajes que hicieron los disparos y robaron la carreta de trigo en las afueras de la población.

¿Tiene el derecho á la discusión quien con tales procedimientos, se comporta? ¿Merece siquiera el respeto de sus opiniones el que tan de repente las muda?

De ningún modo; y por eso decimos que contrariando los naturales impulsos de nuestra voluntad, vamos á contestarle hoy, no para que la opinión se ilustre, que no lo necesita, sino para que no se atribuya nuestro silencio á temores de ninguna índole, que no sentimos.

Entre la algarabía de palabras y palabrotas que ha escrito ese papel, entre las nebulosidades, insidias y amenazas que ha servido á sus lectores, hallamos alguna que otra afirmación concreta, que vamos á recoger.

Dice *El Demócrata*, con referencia á nuestro artículo *Robo en cuadrilla*, que el público conoce perfectamente el cerebro que lo ha parido, la mano que lo ha escrito y el móvil que lo guía.

Así es la verdad, y esa es nuestra mejor salvaguardia y justificación. Lo ha parido un cerebro que nunca ha dado albergue á ideas que no sean honradas, á propósitos que no sean decorosos, á finalidades que no sean lícitas; lo ha escrito una mano que nunca ha flagelado sin razón y nunca ha defendido sin justicia; una mano que no tiene por norma atacar hoy y proteger mañana á las mismas personas, y por los mismos actos, una mano que no acostumbra á dejar sin causa la lanza por el escudo y el escudo por la lanza, hiriendo un día y amparando otro, una mano que trabaja y no estafa; y lo ha guiado el móvil de la moralidad pública, el convencimiento de que es necesario que la delincuencia se castigue, de que es indispensable que la justicia sea recta y los Tribunales respetados y obedecidos en su augusta y soberana misión.

dos y obedecidos en su augusta y soberana misión.

Hablar del interés profesional es una torpe injuria. Fuera la nuestra, profesión de merodeo y engaño, viviéramos del triste pan que nos diese una humillante subvención, ó de las depredaciones que á la sombra del periódico pudiéramos realizar, y nos cabría ese innoble concepto. Pero nuestra vida se cimenta y elabora muy lejos del periódico; la profesión de cada uno de los redactores de *EL OBRERO* es cierta y conocida, es lícita y honrada, y nada tiene que ver con las campañas que en pró de la moral y de los intereses sociales exclusivamente venimos haciendo.

Esto lo sabe todo el público, sin excluir al propio director de *El Demócrata*.

¿Que se vá á publicar un folleto, suscripto por respetable personalidad, en el que se hará historia clara de todo lo ocurrido; folleto en cuyas páginas cuajadas de citas de ingratitudes, perfidias, asechanzas y traiciones, caerán prestigios falsamente cimentados y reputaciones inmerecidas!

¡Válganos el cielo, y qué palabrería más chavacana, y qué amenazas más tontas, y qué estultez más insípida!

¡Folletos! ¡Libelos! No uno, vengan millares, y traigan todo el cieno que pueda amontonar la calumnia depravada y ruin, y abóquenos encima, y apostamos cuanto nuestra vida valga á que no nos llega á manchar el decoro ni con una leve salpicadura!

¡Escándalos, ruidos! todo ello nos tiene tan sin cuidado como el frío de la Siberia. Nuestro prestigio y nuestra reputación llevan blindaje sólido contra esa clase de proyectiles. Temen el criminal, el brivón, el truhán, el parásito, el desvergonzado, el que, en una palabra, no endereza la ruta de su vida por honrados caminos. Nosotros, no; nosotros no tenemos por qué temer. Bien al contrario, nosotros en ese punto podemos ser temidos, no como libelistas (que nunca lo seremos, y mucho menos en cuestiones que al pe-